



AÑOS DEL
MUSEO ARQUEOLÓGICO
PROVINCIAL DE BADAJOZ

1867 ~ 2017

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Cultura e Igualdad

150 Años
del Museo Arqueológico Provincial
de Badajoz (1867-2017)

Edita:
Consejería de Cultura e Igualdad

© de los textos: sus autores

Diseño de portada:
Tecnigraf, S.A.

Maquetación e impresión:
Tecnigraf, S.A.
Tel. 924 28 60 06
www.tecnigraf.com

ISBN: 978-84-09-01417-0
Dep. Legal: BA-136/2018

Badajoz, 2018

ÍNDICE

Introducción	11
Historia del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz, <i>Equipo del Museo</i>	15
Evolución del conocimiento arqueológico en la provincia: del monumento a la ciencia, <i>Guillermo S. Kurtz Schaefer</i>	23
Museo y provincia: creación de una identidad	
Museo, Provincia, Identidad. El caso imposible del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz, <i>Pablo Ortiz Romero</i>	29
Museo y provincia: creación de una identidad, <i>Juan M. Valadés Sierra</i>	43
El caso específico de Mérida	
150 años de arqueología en Mérida a vuelapluma, <i>Manuel de Alvarado Gonzalo</i>	53
La Arqueología en Mérida, <i>Juana Márquez Pérez</i>	73
1. Paleolítico y primera hominización	
1.1. El Paleolítico inferior y medio en la provincia de Badajoz. Evidencias conocidas y nuevos datos procedentes de la Cueva de los Postes (Fuentes de León, Badajoz), <i>Hipólito Collado Giraldo et alii</i>	81
1.2. Paleolítico y primera hominización, <i>Antoni Canals</i>	91
2. Prehistoria	
2.1. Apuntes sobre la historia de las investigaciones en la prehistoria reciente de la provincia de Badajoz, <i>Juan Javier Enríquez Navascués</i>	107
2.2. La Prehistoria reciente en Badajoz, <i>Víctor Hurtado Pérez</i>	117
3. Periodo Orientalizante	
3.1. El periodo tartésico en Extremadura, <i>Sebastián Celestino Pérez</i>	135
3.2. Tartessos, recesos y otros excesos: Orientalizante y Postorientalizante en el valle medio del Guadiana, <i>Javier Jiménez Ávila</i>	145

4. Edad del Hierro

- | | |
|--|-----|
| 4.1. La segunda Edad del Hierro, <i>Luis Berrocal-Rangel</i> | 159 |
| 4.2. En tierra de Túrdules: de las “grandes casas” postorientalizantes a las comunidades prerromanas de la Beturia, <i>Alonso Rodríguez Díaz</i> | 169 |
-

5. Roma

- | | |
|---|-----|
| 5.1. La investigación sobre el pasado romano en la provincia de Badajoz. 1867-2017, <i>José María Álvarez Martínez</i> | 187 |
| 5.2. La arqueología romana en la provincia de Badajoz (1867-2017). En el 150 aniversario de la creación del Museo Arqueológico Provincial, <i>Pedro Mateos Cruz</i> | 201 |
-

6. Tardorromano y Visigodo

- | | |
|--|-----|
| 6.1. 150 años de arqueología visigoda. Extremadura y el museo de Badajoz, <i>María Cruz Villalón</i> | 215 |
| 6.2. Construyendo la gloria en la decadencia. Romanos, visigodos y, sobre todo, cristianos, en la historiografía tardoantigua relacionada con el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz, <i>Tomás Cordero Ruiz</i> | 225 |
-

7. Andalusi

- | | |
|---|-----|
| 7.1. Los pilares del Museo (Arqueológico Provincial de Badajoz), <i>Fernando Valdés Fernández</i> | 241 |
|---|-----|
-

8. Medieval Cristiano

- | | |
|---|-----|
| 8.1. La arqueología medieval cristiana en Extremadura (en fase incipiente de conquista), <i>Miguel Alba</i> | 255 |
| 8.2. Reflexiones en torno a la arqueología bajomedieval en la provincia de Badajoz, <i>José Manuel Márquez Gallardo</i> | 277 |
-

LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO

LUIS BERROCAL-RANGEL

Cuando 1867 la Comisión Provincial de Monumentos decidió la creación de un museo capaz de exponer y salvaguardar la interesante colección de antigüedades y objetos variopintos acumulados provisionalmente en el palacio de la Diputación Provincial, la historia de los orígenes de Extremadura prácticamente no se había desprendido del pesado lastre que suponían las enseñanzas bíblicas. Por entonces, la Monarquía hispana y la Iglesia Católica congeniaban en sus orígenes con mitos y leyendas, como la llegada a la Península de Noé y sus descendientes, entre los cuales el mayor protagonismo se le adjudicó a su nieto Tubal, supuesto fundador de las primeras ciudades peninsulares y de sus primeros pobladores, iberos y vascos, e incluso de la misma monarquía.

En realidad, en 1867, solo habían pasado siete años desde que el ingeniero Boucher de Perthes publicase en París su *De l'homme antédiluvien et ses oeuvres* y la escasez de conocimientos sobre el origen del hombre en Europa, fuera de las explicaciones eclesiales y de los estudios emergentes sobre las civilizaciones orientales, no ayudaba a paliar la ausencia de respuestas. Se mantenía, con ello, un acervo popular, surgido en parte de leyendas inventadas como justificaciones políticas y, también, de los conocimientos mitológicos sobre la Grecia antigua: Hércules, Gargoris, Habis y Aristeo, los legendarios *nostoi*, vinieron a sustituir la Cosmogonía bíblica entre la intelectualidad laica de finales de siglo, dando un cierto aire de credulidad en el que, como mucho, se colaban personajes y conceptos con cierto carácter histórico, como Aganthonios y su mítico Tartessos.

En este ambiente, la creación de un Museo Arqueológico Provincial fue fundamental para terminar definitivamente con esa oscura época (Ortiz Romero, 2007). Exponer al público los testimonios innegables de un pasado remoto supuso acercar, definitivamente, la historia más remota a la ciudadanía, conectándola emocional y personalmente. Esa idea debía rondar tras el entusiasmo de D. Tomás Romero de Castilla. Su cargo como catedrático de Psicología, Lógica y Ética del Instituto de Segunda Enseñanza de Badajoz, sin duda, le sensibilizó respecto a la necesidad de fomentar la educación pública y, por ello, debió concebir el museo como una de sus herramientas más eficaces. Y, en lo que respecta a la Prehistoria, lo fue.

Claro que la visión que se podía presentar de la Prehistoria tenía la dificultad, y también el atractivo, de competir con otras mucho más cercanas, empezando por la misma civilización romana, que nos aportó los primeros testimonios escritos y por tanto literalmente “históricos”. Basta solo echar un vistazo al exhaustivo *Inventario de objetos recogidos en el Museo Arqueológico...* (1896), para constatar que, a finales del siglo XIX, la mayoría de las 76 entradas de objetos “prehistóricos” responden a “hachas” y otros útiles líticos. Difícilmente se puede identificar entre ellos algunos elementos de la Segunda Edad del Hierro. Es seguro que algunos estarían mezclados entre los

romanos, como al contrario las “lucernas” nº 27 y 45 aparecen como prehistóricas, según su contexto de aparición (pg. 23).

De todas formas, el triste *interim* de treinta años habido entre 1867 y 1896, además de servir para comprobar la debilidad de las condiciones en las que se había creado el museo permitió a D. Tomás Romero de Castilla desarrollar una formación arqueológica que se plasma en la organización del *Inventario*. A finales del siglo XIX, la definición de los diferentes períodos de la prehistoria era un hecho incuestionado. Además, desde las últimas décadas de este siglo se venían realizando excavaciones en necrópolis que van definiendo un período conocido como la Edad del Hierro, en el territorio austriaco y francés, favorecidas por las autoridades académicas y por las monarquías imperantes (p.e. Napoleón III). Pero, en España, las actuaciones apenas habían trascendido de las excavaciones masivas abiertas en algún yacimiento de importancia “nacional”, como el Cerro de la Muela de Garray, donde unas décadas antes se había descubierto *Numantia*.

Así que, a inicios del siglo XX, los museos centroeuropeos se hallaban repletos de objetos de la Edad del Hierro, de las llamadas culturas del Hallstatt y de La Tène, que venían a dar cuerpo material al éxito que tenían los estudios paleolingüísticos, en especial los relacionados con los celtas y el indoeuropeo. Y en ese sentido, con el habitual retraso temporal, también España verá un desarrollo desconocido de las excavaciones en necrópolis de la Edad del Hierro durante la primera mitad del siglo XX. Las actuaciones de D. Juan Cabré y del mismo marqués de Cerralbo, representan perfectamente estas actividades que llenaron de materiales arqueológicos los museos de Soria, Segovia, Guadalajara o el mismo Arqueológico Nacional de Madrid, pero no los extremeños. Ni en Cáceres, ni en Badajoz, se conocían yacimientos parangonables.

Por tanto, se comprende bien el texto de D. Juan Boza cuando, en 1898, publicase su tratado *El Fuero del Baylio*: “Antes de la dominación romana de España no hay monumento, dato ni antecedente alguno que dé a conocer ni revele las leyes o costumbres por que se gobernaron sus primitivos pobladores. Habitada sucesivamente la península por Iberos, Celtas, Griegos, Fenicios y Cartagineses, todas estas razas aportaron sus propios elementos a la obra de la civilización, sin que ninguna de ellas propendiese al sentimiento de la unidad nacional” (página 5). De dicho texto se pueden obtener numerosas deducciones, pero nos centramos en dos: la presencia de Roma como referente histórico fundamental en el estudio de nuestros orígenes y la lectura nacionalista de la Historia, que subyace tras cualquier escrito publicado en la época.

Ante la falta de excavaciones y de materiales arqueológicos, la Segunda Edad del Hierro comienza a definirse más como “Época prerromana”, que como el período final de la prehistoria. Roma y, sobre todo, los datos que nos dejan sus escritores sobre las poblaciones indígenas de la Península se configuran en los únicos referentes para entender este período a inicios del siglo XX y, además, si se sabía, a través de dichos autores, de una figura elevada a la categoría de héroe nacional, Viriato, es fácilmente comprensible que la Segunda Edad del Hierro en Badajoz no trascendiese prácticamente de estos reiterados conocimientos e, incluso, se sumergiese en el mundo legendario paralelo que dicha figura histórica favorecía. Incluso personajes de la historiografía regional tan egregias como D. José López Prudencio acudía, en 1929, a dichos tópicos (*Extremadura y España*, 1929: 28).

Por tanto, a lo largo de la primera mitad del siglo XX, la explicación de los escasos objetos de la Segunda Edad del Hierro que pudiera exhibir la sala de La Galera basculaba exclusivamente en torno a las fuentes grecorromanas y la figura de Viriato. No es de extrañar que, en la gran obra que supone la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal, en su volumen *España prerromana. Etnología de los pueblos de Hispania* (tomo I-III, 1954), el gran profesor Joan Maluquer de Motes

no incluya más que generalidades sobre la Baja Extremadura y sus referencias greco-romanas, y eso que Maluquer reservó una página completa a nuestro territorio en cuestión: “*Los pueblos indo-europeos del Mediodía: los célticos*” (pgs. 26-27).

Porque, otra de las consecuencias de este estado de la investigación durante esta primera mitad del siglo XX, fue la citada dependencia de los autores clásicos y de la lingüística histórica, junto a la epigrafía, que se basaban en inscripciones romanas con nombres de individuos indígenas, en topónimos e hidrónimos más o menos antiguos, y en la identificación de las distintas “ciudades” de los pueblos prerromanos que se recogieron o se mantuvieron en la Época romana. Y, a partir de estos datos, los investigadores encabezados por el lingüista D. Antonio Tovar, no tenían dudas en incluir toda la extensa provincia pacense dentro del ámbito celta de la Península Ibérica. Por ello, el mismo Maluquer de Motes, que en la página citada se había limitado a identificar algunas poblaciones célticas de la provincia de Badajoz como *Contributa Iulia*, *Vama*, *Vgultuniacum* y *Mirobriga*, no duda en usar emblemáticas piezas halladas en la provincia de Badajoz para ilustrar su denso capítulo sobre los celtas hispanos, como la conocida estela de época romana de *AVTTIANVS* y el no menos famoso carrito de Mérida (figs. 80 y 98). Pero el mismo Maluquer, catedrático de Prehistoria de la Universidad de Barcelona, ya puso en evidencia las contradicciones de este saber basado en las fuentes grecolatinas: ¿cómo podían ser “turdetas”, de acuerdo a Ptolomeo, poblaciones de nombres tan célticos como *Nertobriga* (Fregenal de la Sierra) y *Segida* (sin identificar), cuando el mismo Plinio las coloca en el corazón de la Céltica?, se preguntaba (pg. 26).

La explicación arqueológica de nuestra Edad del Hierro seguía, por tanto, a la espera de las primeras actuaciones sobre el terreno con visos de trascendencia. Y tal situación no acontecería hasta un cuarto de siglo después, cuando por iniciativa de Martín Almagro Basch, se iniciasen una serie de proyectos sobre la prehistoria de Extremadura y de sus territorios aledaños.

En el mismo *Inventario* del museo se observa cómo, ya en el siglo XIX, los hallazgos procedentes del norte de la provincia de Huelva estaban presentes: Encinasola, Aroche, Aracena aparecen como lugares de procedencia de algunas de sus entradas materiales. Esta vieja relación extremeña con el extrarradio onubense era ya recocida desde la misma Edad del Hierro y así el propio Maluquer en el apartado citado indica: “*Estos celtas [los llamados Célticos], difíciles de precisar, estarían situados entre los túrdulos y los lusitanos, y su territorio abarcaría desde la Sierra de Aracena, al norte de Huelva, y la parte meridional de Extremadura (Badajoz); sus límites y diferenciación de sus vecinos son problemas muy oscuros...*” (pg. 26). Maluquer estaba, como prácticamente todos los prehistoriadores de la época, subsumido por la cuestión celta y sus orígenes. Siguiendo las teorías difusionistas de las que Pere Boch Gimpera había sido máximo adalid, el profesor catalán explicaba la celticidad incuestionada de los pueblos prerromanos extremeños, y especialmente la de los célticos pacenses, como los remotos herederos de invasiones que atravesaron de noreste a suroeste la Península Ibérica. En su afán de encontrar los testimonios de tales arribadas, acabó por aceptar la celticidad que Martín Almagro Basch quería ver en las “estelas de guerrero” del Bronce final, idea que no hubiese sido mal vista hoy en día si no fuese porque se las quería relacionar con el Hallstatt centroeuropeo. Incluso, como fósiles de tal llegada, interpretaba la presencia de una etnia, los *Germani*, citada en las cercanas tierras de Ciudad Real, a los que consideraba como verdaderos germanos (1954: 26). Maluquer, como el mismo Almagro Basch, se ancló a tales consideraciones y en ellas siguió, incluso a lo largo de los años setenta, cuando sería protagonista y director de la excavación de un yacimiento que cambiaría nuestros conocimientos sobre la Edad del Hierro en Badajoz y elevaría sus restos a la fama internacional que hasta entonces se le había negado. Cancho Roano fue, además, inicialmente interpretado por el no menos prestigioso profesor Antonio Blanco Freijeiro como un yacimiento celta, con

paralelos cercanos en la temprana Segunda Edad del Hierro centroeuropea, tradicionalmente conocida como “Cultura de La Tène”.

Poco antes de producirse el hallazgo de Cacho Roano, Martín Almagro-Gorbea culminaba su tesis doctoral en 1973, con la excavación de la necrópolis de Medellín (Almagro Gorbea, 1977). Aunque con tales trabajos abordó los períodos previos del Bronce final y la Primera Edad del Hierro, Almagro-Gorbea, con la suspicacia y extraordinaria intuición que le caracteriza, planteó por vez primera la definición de una Segunda Edad del Hierro en la arqueología pacense a partir de los sondeos que había abierto en las laderas del Castillo de Medellín. Posiblemente fue el primero en hablar en medios académicos internacionales sobre bases estratigráficas del “Período de los Castros extremeños”. Hasta entonces, una vez aceptada la supuesta invasión celta durante dichos períodos previos, no se comentaba nada acerca de los siglos habidos entre tal momento y la llegada de Roma en el siglo II a. C. Baste leer el breve párrafo que Maluquer y sus colaboradoras extremeñas, Cleofé Rivero y Manuela Barthélemy, le dedicaban en una exposición celebrada en Mérida y Madrid en julio de 1978 con el título *Los orígenes de los pueblos hispánicos. Prehistoria y Protohistoria de Extremadura*, posiblemente el esfuerzo más importante acometido hasta entonces por mostrar y difundir el patrimonio arqueológico más antiguo de Extremadura (y motivo por el que Maluquer llegó a conocer la existencia de Cancho Roano, gracias a Cleofé Rivero, como confesaría el profesor catalán en el inicio de su primera publicación sobre el yacimiento: *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz*, 1981: 227). Prácticamente, las escasas referencias al período prerromano se centran en los Vettones cacereños obviando toda la provincia de Badajoz, excepto por algunas generalidades: “De hecho, nos hallamos ante unos grupos humanos protoceltas de extraordinaria personalidad que, en gran parte, se agruparán en la baja época con el nombre de Vettones” (*Los orígenes de los pueblos hispánicos*, 1978: 11).

Pero más allá de esto, la explicación de la Segunda Edad del Hierro en la vasta provincia pacense quedaba en manos de la historia antigua y, en esta disciplina, sí se estaban realizando avances significativos y sólidos. Incluso, como consecuencia indirecta de tales progresos, se desarrollaron en las tierras aledañas de Huelva y Portugal sendos trabajos de campo, breves, pero trascendentes por ser las primeras aportaciones arqueológicas al conocimiento de esta Segunda Edad del Hierro tan escurridiza. Nos referimos a la campaña abierta por Mariano del Amo en 1970 en el pequeño yacimiento de El Castañuelo, Aracena (1971), y al estudio de materiales cerámicos procedentes de importante castro alentejano de Vaiamonte (Estremoz), realizado por José Morais Arnaud y Teresa Júdece Gamito (1974). En los dos se creyó identificar a los desconocidos célticos del suroeste, acierto del que, al menos en el segundo caso, no hay dudas hoy en día.

A la par que estas limitadas aportaciones vecinas, la participación pacense añadió un importante avance desde la historia antigua. El profesor de la UAM Luis García Iglesias publicó en 1971, a iniciativa de su maestro el Dr. António García y Bellido, un trascendente artículo en *Archivo Español de Arqueología* (XLIV). En él trataba, de nuevo, las fuentes clásicas de la historia antigua para destacar un párrafo de excepcional valía, quizás el más importante de los heredados de los escritores grecolatinos, donde el singular *Caius Plinius Secundus* nos regalaba una breve descripción de gran parte del territorio pacense ocupado en época de los emperadores Julio-Claudios por dos pueblos prerromanos: los ya citados Célticos, al oeste hasta la Lusitania, y los Túrdulos, al este, hasta la Submeseta manchega (*Naturalis Historiae* III, 13-114): “Sin embargo, la comarca que se extiende después de la del Baetis, acabada de describir [el convento hispalense = Sevilla], hasta el río Anas, es llamada Baeturia y está dividida en dos partes y otras tantas gentes: Célticos, que lindan con la Lusitania y que pertenecen al Convento hispalense; y Túrdulos, que limitan con la Lusitania y la Tarraconense, pero que dependen de la jurisdicción de Corduba. Los Célticos, oriundos de los Celtíberos, son venidos de la Lusitania y ello se

manifiesta en los cultos, la lengua y los nombres de los oppida, por cuyos apellidos se distinguen en la Bética: Seria, llamada Fama Iulia (Jerez de los Caballeros), Nertobriga Concordia Iulia (El Coto, Fregenal de la Sierra), Segida Restituta Iulia (Comarca de Zafra), Contributa Iulia Ugultunia (Medina de las Torres), ahora también con Curiga (Monesterio), Lacimurga Constantia Iulia (Fuente de Cantos), a los Siarenses Fortunales y a los Callenses Aeneanicos...”.

La certeza con la que el profesor García Iglesias ubicó la *Baeturia* en las tierras pacenses del Guadiana, y no en el Guadalquivir dada la semejanza de su nombre con el *Baetis*, se fue comprobando con los trabajos realizados muchos años después, bien de la mano de un equipo granadino, en las excavaciones en el Peñón del Pez (Capilla), donde se emplazaba la *Mirobriga* pliniana (M. Pastor, J.A. Pachón y J. Carrasco: *Mirobriga*, 1992); como en la densa tesis doctoral del profesor Alonso Rodríguez Díaz, *El poblamiento prerromano en la Baja Extremadura* (1987), o en otros trabajos, algunos debidos a quien firma estas líneas (1992 y 1994; Pérez Macías 1996...), así como por otras muchas aportaciones, menores pero no menos trascendentes, sobre el poblamiento, las vías, la epigrafía y la numismática de esos primeros momentos romanos, pero esas competen a otro período de nuestra disciplina.

No caben dudas que esta respuesta desde la arqueología se debió a la fundación de la Universidad de Extremadura y a la dinamización que supuso la transferencia de competencias arqueológicas a la Junta de Extremadura en 1985. A partir de entonces, además de las aportaciones de quienes tuvimos que partir a otras comunidades para realizar unos estudios que antes de 1981 no existían en nuestra Comunidad, Extremadura pudo contar con los primeros arqueólogos formados en ella, entre los que destacó rápidamente el, hoy catedrático de Prehistoria de la UEx, profesor Rodríguez Díaz. Con escasos medios, pero con una iniciativa digna de todo encomio, Rodríguez Díaz realizó una tesis doctoral basada más en múltiples prospecciones y sondeos, además de algunas excavaciones sistemáticas. De tal impulso obtuvo una visión coherente y sólida de nuestro período prerromano, visión que localizaba a los célticos al oeste de la Vía de la Plata, y a los túrdulos por todo el extenso territorio oriental. Además, su interpretación se apoyaba en una explicación diacrónica del desarrollo de la Segunda Edad del Hierro: las “sociedades de castros” que manifiestan estos pueblos prerromanos surgen de la desaparición de los pueblos postorientalizantes a finales del siglo V a. C., constatándose una “crisis del 400” a semejanza de la que propugnaron los arqueólogos andaluces años antes para el final de Tartessos hacia el 600 a. C. Su planteamiento defendía unas sociedades castreñas con escasa jerarquización (Rodríguez Díaz, 1994 y 1995). Esta visión chocó frontalmente con la que Martín Almagro-Gorbea había venido planteando desde sus excavaciones en el Castillo de Medellín, considerando la existencia de *oppida*, sociedades mucho más jerarquizadas (Almagro-Gorbea y Martín, 1994). Por nuestra parte, defendimos que la presencia de *oppida* en el sector occidental, céltico, de la provincia pacense podía aceptarse siempre que se refiriese a algunos poblados amurallados emplazados a lo largo del cauce del Guadiana, pues tanto Mértola, en el Baixo Alentejo, como Badajoz, responden a tal categoría, aunque es cierto que las murallas prerromanas de “la Alcazaba”, no se han podido documentar, algo por otra parte nada sorprendente habida cuenta de larga historia de guerras y asedios de este histórico castillo... Un caso similar a Mértola, *oppidum* amurallado de más de 40 ha con una ocupación bien documentada desde al menos el siglo V a. C., sería el mismo Lobón, donde gran parte de la investigación sitúa el *oppidum* de *Dipo*, o, junto a la misma Elvas, el Castro de Segovia. Pero la gran mayoría de los *oppida* citados por los escritores grecoromanos, como *Ebora*, o son de fundación romana, o se documentan previamente con muchas lagunas. Al menos esa es la conclusión que se puede obtener del descubrimiento que hicimos de altar y santuario fundacional de *Nertobriga Concordia Iulia*, en 2011, por más que su nombre sea de los más claros compuestos celtas de la Península (Berrocal-Rangel, De la Barrera y Caso, 2014: 27). Los poblados

amurallados que identifican esta Edad del Hierro tardía tanto en el Alentejo como en occidente de la Baja Extremadura son verdaderos castros, con extensiones entre 1 y 3 ha. El trabajo sistemático, y no poca fortuna, hizo que descubriésemos en 1985, y excavásemos durante más de diez años, el Castrejón de Capote (Higuera la Real), yacimiento musealizado y abierto al público en 2006, y que ha aportado la mayor cantidad de información de cómo eran estos poblados de los célticos e, incluso, cómo eran sus rituales y costumbres. Desgraciadamente, el marco legislativo aprobado por la Junta de Extremadura en 1997 impide que los investigadores externos a la región podamos concursar en las convocatorias de los planes regionales (PRIR) y obtener, por tanto, fondos económicos para iniciar o continuar las excavaciones que, por otra parte, los planes nacionales no suelen favorecer por ser competencias regionales. Y, con ello, se ha frenado notablemente la renovación y ampliación de conocimientos sobre este, y otros períodos de la Prehistoria tardía extremeña.

La arqueología ha demostrado la certeza de las afirmaciones de Plinio y del resto de escritores grecolatinos que emplazaban estos célticos a lo largo de la cuenca baja del Guadiana. Este amplio espacio incluye también el Alentejo, a juzgar por el novedoso poblamiento castreño que se documenta a partir de finales del siglo V a. C., confirmando la noticia de Polibio al afirmar que los célticos vivían en “aldeas”, a diferencia de sus vecinos turdetanos (en Estrabón, *Geog.* 3.2.15). Así, en época romana, solo *Pax Iulia* alcanzó la categoría de *colonia*, aunque otros muchos se transformaron en *municipia*, como *Evora*, *Caetobriga*, *Mirobriga celticorum* o *Eburobrittium*, todos ellos topónimos de clara adscripción celta pero cuya fundación, o refundación, romana a lo largo del siglo I a. C. va siendo una constante comprobada desde el litoral atlántico (*Mirobriga celticorum*), al arranque occidental de la Submeseta sur (*Mirobriga tourdulorum*).

Todo ello permite comprender que esta comarca, la *Baeturia*, fue un concepto creado por Roma durante el proceso de conquista sin que tuviese un reflejo étnico previo. No existió un pueblo “betúrico”. Los célticos de la Beturia, por ejemplo, eran los mismos que los que ocupaban el Alentejo portugués o las comarcas de Badajoz y Olivenza, los que pertenecían por entonces a la *Provincia Lusitania*. De ahí la confusión de Plinio al adjudicarles un origen común, que consideraba en Celtiberia, y su deducción que los célticos de la Beturia llegaron a estas tierras a partir de los de la misma Lusitania. Claro que, para que Plinio aceptara esta interpretación, tenía que conocer otros testimonios más allá de la similitud entre unos y otros y, de todos ellos a su vez, con la Celtiberia. Sabía que en estas latitudes meridionales del suroeste se localizaban *oppida* con nombres como *Nertobriga*, *Arcobriga* o *Segida*, que tenían sus paralelos idénticos en Celtiberia. También debía saber de la presencia de elites celtibéricas desde la conquista romana por la Beturia, elites que se reconocen en algunos textos y antropónimos, como *AMBATUS*, o el *ABLONIOS* hallado en las cerámicas del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz) a escasos kilómetros de la citada *Nertobriga*; en armas; fíbulas de caballito y hallazgos no menos destacados como el tesoro de Monsanto (Idanha-a-Nova, Beiras Baixas), un conjunto de vasos de plata de morfología helenística que fueron personalizados con una interesante inscripción celtibérica. Incluso habría consultado textos antiguos en los que se refería la llegada de contingentes celtibéricos, bien acompañando al ejército romano como adelantándose a este, contingentes que dejaron sus restos en los ajuares funerarios de necrópolis algo más al norte, entre los vettones cacerños, como El Romazal I y II, del castro Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres), que se fechan desde mediados del siglo III a inicios del I a. C., según Francisca Hernández. Estas presencias se han querido relacionar con la aparición de monedas de bronce de una ceca celtíbera, *Tamusia*, que debía localizarse en las cercanías del castro citado. Incluso, confirmando su información sobre la comunidad de culto entre célticos y celtíberos, el hallazgo reciente de un santuario a las *Matres Rixamae* en la ciudad de *Arucci-Turobriga* (Aroche, Huelva) remite a una conocida cita del celtibero *Marcial*, respecto a las danzas rituales de *Rixama* entre las ciudades de su Celtiberia natal (*Epigrammata* IV, 55, 15: Bermejo, 2014).

Sin bien, estas pruebas arqueológicas, numismáticas y epigráficas pudieran parecer suficientes como para confirmar la afirmación de Plinio, el registro estratigráfico de los célticos del suroeste, betúricos o no, indica que Plinio se equivocó, al menos, parcialmente. La ausencia de cerámicas torneadas y pintadas “celtíberas” antes de la conquista romana, y después de esta, y la ausencia de un elemento tan característico de los celtíberos como son las masivas necrópolis de cremación demuestran, fehacientemente, que la visión de Plinio fue una interpretación solo aplicable a partir del proceso de conquista romana y al nivel de las elites que Roma impuso como nuevos gobernantes de este territorio. Pero el pueblo, los célticos, no reflejan esas conexiones en sus producciones más populares, como las cerámicas o sus propias tumbas. En todo el suroeste, el número de necrópolis de la Segunda Edad del Hierro es tan escaso como los son las tumbas que se registran en ellas, quizá con la excepción del cementerio de “Calle Madre de Dios” (Badajoz). La afirmación de Plinio no puede entenderse más que como una *interpretatio* incapaz de distinguir, en el siglo I d. C., rasgos étnicos recientes y significativos (topónimos, lengua, creencias...), quizá impuestos a finales del siglo II a. C., del complejo panorama cultural que había caracterizado estos pueblos previamente.

Por ejemplo, en todo el suroeste desde finales del siglo V o inicios del IV a. C. proliferan vasijas cerámicas no torneadas y profusamente decoradas con motivos estampillados, inciso-impresos, excisos, o calados, estas últimas conocidas como *foculi* o “quemadores” a menudo polípodos y con argollas colgando de sus asas (fig. 1). A estas cerámicas se asocian producciones metálicas como dagas de antenas “Alcácer”, fíbulas “transmontanas” o conjuntos de collares-pectorales áureos de placas trapezoidales y bellotas (Castro de la Martela, Serradilla, Bombarral...), estos trabajados en oro con técnicas fenicias, pero con formas y motivos (cabezas humanas flanqueadas de hojas, anátidas, caballos...) que remiten a paralelos latenienses (fig. 2). Todos estos materiales permiten apuntar diferentes interpretaciones sobre el origen y la naturaleza poligénica de estos célticos, como, en el caso de las cerámicas, hacia ambientes postsoteños del Duero medio, en ambientes de los siglos VI - IV a. C. que denominamos “protovacceos”.

El valor étnico de estas cerámicas es muy superior al de objetos metálicos como fíbulas o armas, por ser elementos de un trasfondo cultural menos proclive al intercambio, al aprovechamiento o a la imitación. De ello se deducen dos conclusiones claras: la aparición súbita y generalizada de estas cerámicas a mano, a partir del tránsito entre los siglos V y IV a. C.; y su dispersión por todas las comarcas fronterizas del suroeste peninsular, entre España y Portugal. Además, los contextos de hallazgo de estas cerámicas aportan conocimientos más atractivos gracias a su uso en rituales de comunidad. Tanto en el depósito secundario de Garvão (Portugal) como en el mismo santuario de Castrejón de Capote (España), las mismas cerámicas protagonizaron la participación colectiva de sus comunidades en rituales dedicados a una divinidad ignota y anicónica, a juzgar por la escasez de representaciones figurativas, más allá de miniaturas representando pies, mandíbulas y cabezas humanas.

En Capote, el ritual colectivo y la ausencia de figuras votivas se hace más patente entre el más de un millar de vasijas halladas en el mismo santuario. Aquí fueron sacrificados una veintena de grandes cuadrúpedos aprovechando la mesa-altar que distingue su única estancia, situada justo en el centro del castro. La prioridad ceremonial de los quince asientos en torno a dicho altar; su instrumental, relacionado con el sacrificio y la ingesta colectiva; y la definición de trescientos juegos de copas y cuencos, quizá el número de participantes emplazados en la plaza a la que se abre el santuario, permiten reconocer un gran banquete comunitario, un acto de solidaridad y cohesión social al modo del *Samonios* galo. Junto al instrumental, los restos óseos demuestran que se sacrificaron una veintena de grandes cuadrúpedos, quizá por parejas.



Figura 1: Cerámicas halladas en el Santuario del Castrejón de Capote (Higuera la Real). Fotografía de Luis Berrocal.



Figura 2: Colgante-placa del conjunto de La Martela (Segura de León), con cabezas laténicas jalonadas por hojas de muérdago. Fotografía de Vicente Novillo.

Tales constataciones, junto con otros testimonios e indicios, se consideran los mejores reflejos del substrato indígena de la Edad del Hierro en estos extensos territorios, un proceso que se comprende como consecuencia de aportes demográficos paulatinos procedentes de la Meseta a partir del siglo V a. C., y que aportarían la lengua celta, las costumbres gentílicas y las creencias, posteriormente consideradas “celtibéricas” por Plinio gracias a la aparición de élites de este origen en momentos propios de la conquista romana.

Esta interpretación la planteamos a finales del siglo XX, a partir de las líneas de investigación sobre “etnogénesis” desarrolladas por Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero durante los años 90, especialmente las encaminadas hacia la comprensión de la formación hispanocéltica. Siguiendo tales planteamientos es posible interpretar la complejidad de la formación de estas poblaciones a través de una sucesión de fases con transformaciones endógenas acumulativas, finalmente potenciadas por llegadas ocasionales, bien de pequeños grupos, bien de elementos de elite. A lo largo de la Edad del Bronce y del Hierro, estas dinámicas llegarían a personalizar un panorama étnico del que, los romanos, solo describirían sus últimas consecuencias, las relaciones simbólicas y significativas que reconocen como “celtibéricas”.

Hasta entrado el siglo XXI esta interpretación daba una respuesta que creemos sólida, coherente con nuestros conocimientos pluridisciplinarios, y creíble, pero no respondía a quienes habían detectado elementos celtas anteriores en el suroeste, como la misma tradición y textos de Herodoto y Éforo nos recordaban al escribirlos a finales del siglo V e inicios del IV a. C. Para contestar a estos supuestos testimonios y la presencia de términos y teónimos celtas en el siglo VI a. C. que algunos investigadores han documentado en las estelas con escritura protohistórica del suroeste y en grafitos escritos sobre cerámica griega hallada en Huelva, eminentes investigadores anglosajones han desarrollado nuevas teorías sobre la etnogénesis de los celtas, teorías que proponen el origen de tales pueblos no en Centroeuropa, dónde se localizaban tradicionalmente, sino en el occidente atlántico y, más concretamente, en este suroeste peninsular (Köch *et alii*, 2016).

Bibliografía

- ALMAGRO-GORBEA, M. y A. M. MARTÍN, eds. 1994: *Castros y Oppida en Extremadura*. Extra Complutum 4, Madrid: Universidad Complutense.
- BERMEJO, J. 2014: “Un santuario a las *Matres* en el foro de *Arucci*: La constatación de las *Rixamae* en la *Baeturia Celtica*”. *Onoba*, 2: 107-125.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1992: *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra 2, Madrid: Universidad Complutense.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1994-a: *El Altar prerromano de Capote. Ensayo etnoarqueológico de un ritual céltico en el Suroeste peninsular*, Madrid: Ayuntamiento de Higuera la Real - Universidad Autónoma de Madrid.
- BERROCAL-RANGEL, L.; DE LA BARRERA, J. L. y CASO, R. 2014: “El santuario republicano de Nertobriga Concordia Iulia: una aportación al conocimiento de los rituales de fundación”. En *Journal of Roman Archaeology* 24: 82-108.
- KOCH, J. T.; CUNLIFFE, B. W.; CLEARY, K. y GIBSON, C. D. ed. 2013: *Celtic from the West 3: Atlantic Europe in Metal Ages: Questions of shared language*. Celtic studies publications, 16, Oxford: Oxbow Books.
- ORTIZ ROMERO, P. 2007: *Institucionalización y crisis de la Arqueología en Extremadura. Comisión de Monumentos de Badajoz. Subcomisión de Monumentos de Mérida*, Badajoz: Junta de Extremadura.
- PÉREZ MACÍAS, J. A. 1996: “La transición a la Edad del Hierro en el suroeste peninsular. El problema de los *Celtici*”. *SPAL* 5: 101-114.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. 1994: “Algunas reflexiones sobre el fin de Tartessos en la cuenca media del Guadiana: la Crisis del Cuatrocientos y el desarrollo de la Beturia”. *CuPAUAM* 21: 9-34.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. 1995: “El problema de la Beturia en el marco del poblamiento protohistórico del Valle Medio del Guadiana”. *Hom. a la Profa. Milagros Gil-Mascarell, Extremadura Arqueológica* V: 157-175, Cáceres-Mérida.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. 2001: *Extremadura tartésica*, Barcelona: Bellaterra.